

Ordenar el territorio y práctica profesional antropológica: Entrevista a Sandra Turbay

Sandra María Turbay Ceballos*
Aura Lisette Reyes Gavilan**



* Antropóloga. Doctora en Antropología Social y Etnología [École des Hautes Études en Sciences Sociales EHESS, Paris, Francia].
sandra.turbay@udea.edu.co, <https://orcid.org/0000-0001-5903-0499>

** Colíder e investigadora del Grupo de investigación Antropología e Historia de la Antropología en América Latina. Profesora asociada, departamento de Antropología, FCSH, Universidad de Antioquia, Colombia. Universidad de Antioquia, Colombia
aura.reyesg@udea.edu.co, <https://orcid.org/0000-0002-3017-7240>

Entrevista recibida el 29 de julio de 2023. Aprobado: 5 de junio de 2023. Publicado: 21 de julio de 2023

Para este número del *Boletín de Antropología* hemos tenido el gusto de entrevistar a la profesora Sandra Turbay, quien nos hace un breve recuento de su historia académica y profesional. Además, desde su trabajo de campo nos acerca a un diálogo entre sus investigaciones, orientadas en su mayoría a lo ambiental, y algunos elementos relacionados con el ordenamiento del territorio.

Palabras clave: antropología, ambiental, organización social, poblaciones campesinas, indígenas, áreas protegidas.

Aura Reyes: Muchas gracias por encontrarte con nosotras. Hay dos razones para este encuentro, la primera es pensar cómo ha sido ordenado el territorio; este número tuvo convocatoria el año pasado y las preocupaciones se han dirigido a contextos campesinos y urbanos, por ejemplo, barrios “marginales” y la forma como estos han trazado un proceso de ordenamiento propio, de reordenamiento y de apropiación. Las aportaciones que vienen para este número provienen de personas que no son del campo de la antropología, sino de las ciencias sociales, la arquitectura, la ingeniería, y esto nos da una mirada muy amplia.

La otra razón, por la cual es importante invitarte a este encuentro, es que este año se cumplen los 70 años del *Boletín de Antropología* y nos gustaría resaltar el papel que tuviste en el Departamento de Antropología. Revisando tus publicaciones consideramos valiosos tus aportes al área ambiental en diálogo con ciertos aspectos del ordenamiento territorial. Para empezar, quisiéramos que nos cuentes un poco sobre ti, tu formación y tu trayectoria profesional.

Sandra Turbay: Yo estudié Antropología en la Universidad de Antioquia, entré en 1978 y simultáneamente estudié en la Universidad de San Buenaventura la Licenciatura en Educación Preescolar. Trabajé como profesora en la Universidad de San Buenaventura, donde daba un curso de problemática social del niño colombiano y supervisaba prácticas de los estudiantes de la Licenciatura en Educación Preescolar. Además, fui profesora de preescolar en un colegio.

Hice el trabajo de grado en Antropología con Susana Jaramillo, nos fuimos para San Andrés de Sotavento, en Córdoba, para estudiar la identidad cultural de los indígenas zenúes, sobre ellos no se había escrito nada en ese momento. Estuvimos viviendo seis meses en el resguardo y fuera de eso hicimos trabajo de archivo en el Archivo Histórico Nacional. Analizamos la historia del poblamiento de los zenúes y los rasgos económicos, sociales y culturales contemporáneos de este pueblo. En 1988 viajé a París a hacer un posgrado en la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales, en esa época se llamaba Diploma de Estudios en Profundidad (DEA), en Antropología Social y Etnología, donde continué profundizando el tema religioso, el culto a los santos, los fandangos, las cumbias en honor a los santos, el ritual de enterramiento, las creencias en los encantos que viven en el agua, que son encantos de oro, e inmediatamente terminé, me matriculé en el doctorado.

Me vine para Colombia estando matriculada en el doctorado a trabajar en la Universidad de Antioquia, entré en enero de 1989 y trabajé hasta marzo de 2022. En la universidad siempre tuve a cargo los cursos de Etnología de los Sistemas de Parentesco,

Teoría Estructuralista, algunas veces de Teoría Funcionalista, otras Antropología de las Religiones o cursos electivos como Etnología e Historia de la Costa Atlántica, Mitología Emberá, Ecología Política, entre otros.

En el año 1991 participé de una investigación financiada por la Corporación Autónoma Regional para el Desarrollo Sostenible del Chocó (Codechocó), a raíz de un fallo de la Corte Constitucional que protegía al pueblo emberá del Atrato medio de Murindó, donde se había hecho una explotación forestal con muchos impactos negativos. Fue entonces cuando empecé a investigar temas ambientales y fundamos el Grupo de Investigación Medioambiente y Sociedad que todavía existe; se fueron uniendo sociólogos, biólogos, trabajadores sociales y hemos seguido trabajando temas ambientales.

También ofrecí cursos en la Universidad Pontificia Bolivariana durante muchos años, en temas de familia, en un posgrado que hay sobre Terapia Familiar, entonces siempre he cultivado el tema de la familia e infancia, pero no tanto en investigaciones, que han estado más centradas en temas ambientales.

A.R.: A partir de estos múltiples estudios, particularmente la experiencia con los zenúes, en esa investigación de pregrado que se extendió a los estudios de posgrado, y el trabajo con los emberá, ahí tenemos dos de los pueblos indígenas de las cercanías o de las regiones vecinas que han tenido gran injerencia en lo que sería la constitución y la construcción de la región. Mencionabas el aspecto religioso y el aspecto simbólico, y cómo, por ejemplo, este último puede llegar a ser clave en la forma como las personas entendemos nuestro espacio y nuestro territorio.

S.T.: Yo siempre he conjugado el tema ambiental con el económico y el simbólico, porque me ha interesado conocer las formas de percepción, relación y uso de la naturaleza, y de construcción del espacio, porque el paisaje es un espacio construido, es fruto de unas relaciones históricas, por eso he estudiado los mitos referidos al agua, a las plantas, a los animales, mitos que explican por qué las cosas son como son hoy en día, mitos sobre el origen de las especies naturales que pretenden explicar la organización social contemporánea.

En comunidades campesinas no hay una tradición mitológica como la hay en comunidades indígenas, pero sí hay cuentos, leyendas, cantos, hay una tradición oral popular reflejada en retahílas, trabalenguas, cuentos infantiles, poesía popular, danzas. Por ejemplo, en la depresión Momposina hicimos un estudio que se llama “Representaciones sobre la fauna”, en el cual recogimos el conocimiento que la gente tiene sobre los animales: sus hábitos, el hábitat, el comportamiento, la alimentación y las formas de reproducción. En mis trabajos he tratado de posicionar ese conocimiento popular, pero también de rescatar las relaciones afectivas con el mundo natural, los sentimientos, por qué algunos animales son considerados dañinos, peligrosos, malignos o de mal agüero, en cambio, otros generan ternura e inspiran actitudes de protección. Todo esto tiene consecuencias en la supervivencia o en la extinción de las especies.

En el Amazonas hicimos un estudio sobre cómo el discurso ambientalista influía en el discurso de los líderes indígenas de la Amazonía colombiana. Encontramos que lo simbólico tenía un papel muy importante porque aparentemente los indígenas estaban recuperando un discurso que era el de la gente que les llevaba proyectos ambientales,

el de los conservacionistas, de los biólogos, de los ambientalistas, para mostrarlo como propio, pero, cuando uno miraba en detalle los planes de vida de las comunidades, uno veía que ahí estaban imbricados dos tipos de acercamiento a la naturaleza: el de los planificadores y conservacionistas, pero también un discurso mítico, ahí estaba la riqueza y la efectividad de la incorporación de ese discurso del “blanco” al de ellos, para que pudiera ser más efectivo, para que pudieran conseguir recursos, para que se pudiera comunicar y que para ellos tuviera alguna lógica, porque, en un mundo donde los ancestros dejaron todo ordenado, venir a decir que hay que planificar, que hay que zonificar, que hay que hacer planes de ordenamiento territorial no tiene mucho sentido si todo ya estaba organizado por los héroes fundadores de las comunidades, pero cuando las dos cosas se mezclan se vuelven más potentes.

El Parque Nacional Natural Utría nos pidió que estudiáramos la pesca artesanal en función de la elaboración de un plan de comanejo del parque, con el fin de establecer reglas para la pesca artesanal que permitieran a los pescadores subsistir, pero también conservar los recursos marinos y costeros del parque. Nos tocó estudiar los caladeros de pesca, cómo ven los pescadores el mar, cómo son las jornadas de pesca, los valores de la masculinidad asociados a la pesca, los conocimientos que ellos tienen sobre las distintas poblaciones de peces, su alimentación, las épocas del año en que aparecen, los temores o el respeto que le tienen al mar por los seres que viven allá y por el peligro que representan. También ahí había un universo simbólico vinculado a las actividades económicas. Este enfoque es parte de lo que yo aprendí con mi profesor Philippe Descola, quien había estudiado a los achuar de la selva amazónica ecuatoriana y había conjugado el análisis económico con el simbólico, que era una propuesta que debatía el enfoque de Marvin Harris según el cual todas las prácticas de las comunidades tienen una lógica ambiental, son una respuesta adaptativa al entorno, pero esa teoría no funcionaba en el caso de los achuar, por ejemplo, para qué siembra uno tantas hectáreas de yuca que ni siquiera se puede comer, ¿qué sentido tiene eso? Desde el punto de vista de la racionalidad económica, ninguno, pero había otras explicaciones, otras lógicas que también aprendí en los seminarios de Maurice Godelier, en ellos él insistía en entender la racionalidad del otro cuando interviene el medioambiente.

Entonces yo fui reelaborando todo eso que aprendí con mis maestros a lo largo de todos los trabajos, siempre mezclé lo económico, lo simbólico y lo ambiental. Fui profesora de Antropología Económica en muchas oportunidades, eso me permitió mantenerme actualizada en ese campo. Además, yo era profesora de estructuralismo y estaba muy familiarizada con la obra de Lévi-Strauss y me encantaba analizar mitos, y en lo ambiental estaba muy relacionada con biólogos e ingenieros. Las investigaciones que hice en la Sede de Investigación Universitaria propiciaron el contacto con grupos de otras disciplinas, por ejemplo, con el Grupo de Investigación en Gestión y Modelación Ambiental (GAIA) que es de profesores de ingeniería, con ellos hicimos un trabajo en Ayapel sobre la economía de las zonas rurales, de eso que Orlando Fals Borda llamó la cultura anfibia, de la depresión Momposina y de La Mojana; estudiamos cómo era esa alternancia entre pesca, agricultura y otras actividades de los pobladores del río San Jorge y del complejo cenagoso, pero ahí tenía que haber un componente ambiental muy fuerte, porque todo eso era para que

la Corporación Autónoma Regional de los Valles del Sinú y San Jorge, de la ciénaga de Ayapel, pudiera hacer un plan de manejo. En general, mis trabajos han tenido esa vertiente práctica: lo económico y lo ambiental ayudan a los tomadores de decisiones a decidir cómo intervenir en un territorio con la participación de la gente.

A.R.: Mencionas algo muy interesante en términos de la forma como se han venido construyendo los planes de manejo, los planes de ordenamiento y las distintas capas de ordenamiento territorial. Aquellas que son macroestatales, tipo reserva, resguardo o áreas protegidas, ya sean relacionadas con bienes naturales o con pueblos determinados, que presentan impases al ser implementadas. Hay muchos planes de manejo o planes de ordenamiento que, al no tener en cuenta justamente estos aspectos que mencionas, a veces generan tensiones entre las formas de manejo de cada una de las comunidades y entre las maneras de intervención que, en ocasiones, se imponen desde otras unidades.

Quizás en estos lugares en los cuales tú has trabajado, y que desde la base has venido analizando esas particularidades, esas formas de concepción y de manejo de los territorios, has visto tensiones que se han dado con capas de ordenamiento territorial que vienen desde el ámbito nacional o regional. Por ejemplo, a veces los lineamientos para un parque nacional natural no necesariamente se articulan con las formas de manejo propias de esos espacios. Coméntanos si has encontrado ese tipo de tensiones.

S.T.: Los indígenas tienen resguardos que se superponen en muchas ocasiones a Parques Nacionales Naturales, y eso genera tensiones que obligan a las autoridades del parque a hacer planes o acuerdos de manejo conjunto. Recuerdo que en el Parque Nacional Las Orquídeas, que queda al occidente del departamento de Antioquia, se quería hacer restauración ecológica y los funcionarios del parque se preguntaban “¿por qué eso no funciona?”. Entonces nosotros nos fuimos de casa en casa por las comunidades campesinas del parque y después por las indígenas. Los campesinos tenían deforestada la vía de uno de los ríos que pasa por el parque y se les proponía que se permitiera reforestar la orilla del río, que se permitiera la vegetación, que no metieran el ganado ahí, les prometían que a los cerdos y las vacas les iban a hacer un establo, que les iban a dar manera de tenerlos allí. Muchas ventajas, muchos estímulos, pero la gente tenía miedo porque hay que entender que esos campesinos son colonos desplazados por la violencia de los años cincuenta que llegaron al parque, y que de pronto les dicen: “no, ahora tampoco pueden seguir con sus actividades económicas porque esto hay que protegerlo”. La gente decía: “bueno, pero entonces compren, yo he hecho mejoras, he trabajado aquí y tengo mi familia”. Sin embargo, el parque no tiene cómo comprarle a la gente y tampoco se puede titular la tierra. Por eso los campesinos hacen cartas de compraventa entre familiares, entre amigos, basándose en la confianza, en el sentido del honor, en el respeto por la palabra, pero eso no está legalizado en ninguna notaría ni en ninguna oficina de Registro de Instrumentos Públicos. Además, no hay inversión del Estado aparte de sostener una escuela, precisamente para no estimular el poblamiento. La gente sale a la zona de amortiguamiento donde sí hay servicios. Entonces la gente se resiste, a veces llega a acciones violentas. Ellos piensan que si el parque hace una mejora dentro de sus fincas después se las van a quitar o les van a cobrar o que van a pasar impuestos prediales.

En 2013 hicimos una investigación en la cuenca del río Chinchiná sobre vulnerabilidad y adaptación a las variaciones climáticas extremas. Con el cambio climático se van a intensificar las precipitaciones fuertes y las sequías, que cada vez van a ser más frecuentes, y eso va a acarrear más desastres. Si no nos adaptamos se van a perjudicar los cultivos. Esta es una zona cafetera y el café tiene unas exigencias en cuanto a brillo solar y temperatura que, si no se dan, se pierde la cosecha. En el momento en el que hay un fenómeno como el de La Niña, con demasiada nubosidad y precipitaciones, se pierde la cosecha o llegan muchas plagas y enfermedades, lo mismo ocurre cuando hay sequía en época de eventos de El Niño.

Cuando el territorio está dividido entre varios departamentos, ¿quién decide? Hay que hacer planes de ordenamiento y de manejo a nivel de cuenca, en los cuales se tienen que poner de acuerdo distintos municipios, porque uno puede tener territorio en la parte alta de la cuenca, otro en la parte media y otro en la parte baja, o uno en la margen derecha y otro en la margen izquierda del río. Si no nos ponemos de acuerdo, no logramos la conservación de los bosques ni de las aguas, para que haya suficiente agua para el riego, para la agricultura, para el lavado del café, para producir energía, ese es un ejercicio que se ha venido haciendo en Colombia y que implica una nueva gobernanza, que no es un gobierno vertical, sino que conlleva la participación de la sociedad civil en la construcción de esos planes. En general, uno lo que ha visto es que donde la gente no participa las normas ambientales son letra muerta.

Eso pasa mucho en el sector pesquero en el que hay normas del tamaño de las mallas, épocas de veda, tallas mínimas de los peces, entre otros, y la gente no cumple. Pasa sobre todo en el caso de la pesca porque son bienes comunes los que se están aprovechando: “¿eso de quién es?, si hoy no cojo pescado pues viene mi vecino y coge bastante, entonces mis hijos aguantan hambre”. Puesto que son bienes comunes existe ese peligro de la depredación, pero cuando hay acuerdos entre los pescadores las reglas se respetan en mayor medida por el sentido del honor, entre ellos se conocen, saben quién está rompiendo las reglas y hay como un incentivo moral para cumplirlas. Además, en Colombia no podríamos tener un policía o un funcionario en cada parque, en cada escena, en cada bahía, en cada puerto, en cada caño, en cada río para ver qué hace la gente y cómo maneja el medioambiente: si capturó hicoteas, si cogió una babilla, si pescó tallas muy pequeñas, si pescó más de la cuenta o no. Tiene que ser la misma gente la que busque fórmulas de autorregulación, puede estar acompañada de las autoridades y puede haber insumos técnicos y científicos, eso sería lo ideal. Se necesita que los científicos estén en comunicación con los que toman decisiones, con los que hacen política pública y hacen proyectos, pero que también haya participación de la gente.

A.R.: ¿Hay algún caso en el que funcionó esa forma en la que se ejecutaron los recursos? Es decir, se construye y oficializa un plan de manejo desde la gestión previa de un territorio, de unos recursos y de un espacio. O, también, se generan unos lazos sociales entre varias comunidades que comparten un territorio, quienes intercambian sus experiencias de gestión y de ordenamiento. ¿Quizás hay algún caso en el que la construcción del plan de manejo está recopilando esa experiencia y responde a un proceso participativo, en el cual se evidencien o fortalezcan las prácticas previas de la comunidad? Todos sabemos que es imposible una sostenibilidad perfecta, pero es posible una apropiación del plan a partir del consenso.

S.T.: En el Parque Nacional Utría ha habido una larga experiencia de trabajo con los pescadores en el aprovechamiento de los recursos marinos y costeros, ha habido un empoderamiento de las comunidades y se han acordado pautas en cuanto a las artes de pesca que se pueden utilizar, en cuanto a las tallas de los peces y las épocas en que se puede pescar. La gente es consciente de que, si no preserva el recurso, sus hijos y sus nietos no van a tener comida porque los peces dependen de la conservación de los manglares y los corales, de que siempre haya criaderos y de que se protejan unas zonas cercanas a la costa, hasta donde alcanzan a llegar los pescadores artesanales, y de hacer respetar unas normas para que esos barcos pesqueros grandes no lleguen hasta la zona protegida.

Parques Nacionales también ha avanzado mucho en el Amazonas, hay ejemplos de acuerdos de manejo entre los parques y las comunidades. Yo creo que Colombia ha sido líder en eso, por la necesidad y porque hemos visto que el territorio está mejor conservado en donde están las comunidades indígenas. Siempre ha habido un voto de confianza en entregarles parcialmente el manejo de esos territorios, por eso hay resguardos tan grandes que tienen mucho bosque, de miles y miles de hectáreas en la Amazonía, y frente a los cuales la gente de otros países se queda asombrada.

La conservación de los bosques es posible si hay un respeto por las autoridades tradicionales y si lo religioso y lo simbólico todavía son una barrera para evitar la deforestación, si se cree que hay sitios sagrados que deban ser protegidos, si los tienen identificados, si hay sanciones para quienes los intervengan. Lo que pasa es que en Colombia tenemos otras fuerzas muy poderosas, del narcotráfico, de la minería, los madereros, los ganaderos que expanden sus haciendas por medio de la deforestación de baldíos, que a veces le ganan a esos mecanismos tradicionales de conservación del medioambiente y rompen la unidad de las comunidades, entonces hay indígenas que terminan trabajando para esos grupos que están en las economías ilícitas, también se dedican a aserrar, a destruir el entorno con tal de tener plata rápido y plata fácil.

El discurso de la conservación, de que hay que manejar y que hay que ordenar el territorio, no funciona cuando la gente está en la absoluta pobreza, cuando ya está en la miseria, por ejemplo, en la depresión Momposina. Esa cultura anfibia de la que hablaba Fals Borda funcionaba cuando había la posibilidad de tener tierras en las que se cultivaba durante el verano, cuando se retiraban las inundaciones, o sea, cuando había cultivos de ciclo corto como el de la patilla, la auyama, el maíz o el arroz, y eso se alternaba con la pesca en épocas de subienda. Pero la consolidación del régimen de haciendas a mediados del siglo pasado hizo que muchos campesinos se quedaran sin tierra, entonces quedaron viviendo a la orilla de los ríos y de los caños sin tierra, y ¿de qué van a vivir? De la pesca, ¿y cuándo pescan? Todo el año, ya no lo hacen solamente en época de subienda y eso acaba los recursos, y cómo le dice usted a un pescador que no salga a pescar si tiene unos hijos que alimentar. Hay que empezar por reordenar ahí el territorio.

Esta semana el gobierno entregó una finca muy grande en San Marcos, Sucre, volver a entregar tierra a los campesinos de La Mojana sucreña es un primer paso para restaurar ese sistema armónico de relación con el entorno, en el que uno puede combinar ganadería, agricultura, pesca y caza de especies silvestres sin que se agoten los recursos

para las generaciones futuras. Sin embargo, para ordenar el territorio tenemos que hacer unas reformas que permitan reducir las desigualdades y la concentración de la tierra.

A.R.: Abordas un elemento muy importante sobre cómo la necesidad de sostenibilidad y subsistencia es una cuestión que no está mediada necesariamente por un discurso conservacionista, sino por una necesidad primaria de satisfacer el hambre y de tener unos ingresos mínimos a partir de unas economías determinadas. Mencionas otro elemento muy interesante: las múltiples formas en que nos acercamos a ese territorio cuando tenemos un país que es muy desigual, uno de los más desiguales en todo el mundo, en el que se presentan conflictos de diverso tipo que han llevado a las personas a movilizarse de su propio territorio. Podemos ver que, en algunas ocasiones, a los resguardos llegan campesinos y colonos con otras formas de apropiación del territorio y empiezan a existir conflictos con los pueblos indígenas. Igualmente, tenemos casos en los cuales se le otorga un territorio a una comunidad que no necesariamente conoce el lugar.

Teniendo en cuenta estas movilidades y que, en términos geográficos, estamos en un país sumamente diverso que requiere un conocimiento específico de cada región y sus recursos, tú hacías una mención especial de determinados pueblos indígenas o de lugares en los que ese manejo efectivo del territorio deviene de un conocimiento profundo, a partir del cual se sabe cuándo hay o no subienda, y se identifican los alcances y los límites de los recursos. Ese conocimiento es el que permite a la comunidad generar la sostenibilidad del espacio desde la memoria, en cierta medida histórica. Aunque a veces en la realidad nacional no es posible que a una comunidad se le otorgue el mismo territorio que ya conoce.

Ahora bien, en estos procesos de reubicación de comunidades, ¿cómo podemos iniciar fases de diálogo en las que exista la probabilidad de no depredar el territorio?, ya que a veces se implementan proyectos de ganadería extensiva, monocultivos, inserción de semillas que no son propicias para ese territorio y que empobrecen los suelos. ¿Cuáles serían algunas estrategias que permitan a las comunidades, a entidades e incluso a antropólogas y antropólogos que participen en procesos de restitución de tierras gestionar políticas de manejo sostenible del territorio?

S.T.: Para las comunidades indígenas, las comunidades negras y los campesinos una tierra no es igual a otra, por eso en ciencias sociales se usa el concepto de territorio y no de tierra a secas para referirse a esas áreas. Mientras que para un inversionista sí son iguales, él tiene un capital que quiere poner a producir para incrementarlo y decide dónde alquilar o comprar para sembrar sorgo o soya, por ejemplo, y cuando sea mejor invertir en otra cosa, pues sale de esa tierra, compra o alquila otra y la pone a producir. Pero para el campesino, el indígena, el miembro de una comunidad negra, ahí donde cultiva, donde pesca y donde caza es la tierra de sus antepasados, donde están las relaciones sociales, es la tierra de los afectos, está cargada de historia y es lo que él conoce.

Ahora con el cambio climático que hay tantos desastres toca reubicar a mucha gente para disminuir el riesgo y la vulnerabilidad. En el evento de La Niña 2010-2011 hubo mucha gente afectada sobre todo en la zona andina por los derrumbes y en la depresión Momposina por las inundaciones, entonces hicieron barrios nuevos en algunas cabeceras municipales y cientos de casas para reubicar a las familias víctimas de esas inundaciones.

Esas familias recibieron las casas, pero hoy en día las tienen alquiladas, abandonadas y de vez en cuando van a darles vuelta porque ellos no saben vivir en un entorno urbano; en un barrio ¿cómo se van a ganar la vida? Si vivían en el monte, en los caños, pescando, sembrando en los playones comunitarios, cogiendo hicoteas, trabajando para las fincas ganaderas. Qué van a hacer en el pueblo si no tienen los conocimientos para sobrevivir allí y las casas están pegadas unas de otras, sus diseños, construcciones y arquitecturas no responden a las casas que esas familias tenían en el campo ni permiten las formas de sociabilidad que hay en la zona rurales, como sacar las sillas afuera por la tarde, conversar con los vecinos, hablar a través del patio con las personas de la casa de enseguida, prestarse cosas e intercambiar alimentos. Hay comunidades en las que el pescado se intercambia por plátano o yuca, y a uno lo conocen y le fían en la tienda porque saben que uno va a llegar con el pescado al otro día, pero en la ciudad no te conocen y tú no sabes quién es tu vecino, porque ahí reubicaron gente tanto de la misma ciudad como de distintos municipios. Esto es reubicación por desplazamiento ambiental, pero también se da debido a desplazamientos por violencia o por muchas otras razones, y toca pensar muy bien cómo reubicar permitiendo que se mantenga el tejido social y que se preserven unos modos de vida que conforman el *ethos* de las comunidades, sus maneras de ser.

A.R.: Mencionas algo muy importante para quienes están estudiando y quienes se gradúan, o sea, estos antropólogos o antropólogas jóvenes que probablemente entren a trabajar a este tipo de organizaciones. Actualmente, hay algunas organizaciones no gubernamentales (ONG) y nuevas entidades en el gobierno que están pensando la problemática de cómo reubicar a las personas no solo desde una cuestión meramente espacial, sino desde esas afectividades que refieres. En tu última intervención hay una consideración valiosa para las antropólogas y los antropólogos que quieran trabajar en esta área: independientemente de que los trabajos sean sobre conflictos ambientales o sociales, hay que enfocarse en rastrear las formas de vida de las comunidades que tienen estas necesidades de tierra, y para eso la disciplina antropológica da todas las herramientas.

Uno de los aportes del estudio antropológico es empezar a ver comunidad por comunidad, interlocutor por interlocutor e indagar por ese espacio de proveniencia: ¿de dónde vienen?, ¿cómo vivían?, ¿cómo era ese territorio ancestral?, ¿cuáles son sus leyes de origen? Aunque son territorios que se perdieron y relaciones que se fracturaron con la posibilidad de crear un nuevo camino, de hacer un nuevo territorio y de generar nuevos lazos, ¿cómo ese pasado puede llevar a un nuevo proceso de apropiación?, ¿cómo se puede dinamizar esta nueva tierra para convertirla justamente en un territorio, sin negar lo que ocurrió y sin empezar desde cero?, ¿cómo llegamos a decir “este es su territorio”?

Como lo referiste, uno de los principales problemas para generar una sostenibilidad en esas formas de vida es la entrada al espacio urbano, ya que “nosotros no sabemos de qué vivir en un espacio urbano, si toda la vida hemos estado en el monte, en el caño, hemos estado en nuestras pequeñas chagras”. Si no se respetan esas formas de vida propia, si no se conocen, es muy complicado tener una experiencia que permita considerar el nuevo lugar como propio y como un territorio común en el que dialoguen múltiples perspectivas. Este reconocimiento es uno de los grandes desafíos para el antropólogo o la antropóloga que

trabaje en este tipo de proyectos, pues se enfrenta con diferentes percepciones del ordenamiento territorial, ya sea la de la ONG, la Alcaldía, la Gobernación, Parques Nacionales, el ICANH, la de la comunidad y la de la entidad que esté con ella, y ahí empieza también un trabajo de mediación en el que tiene un papel clave.

Como lo mencionaste hacia la mitad de la entrevista, tu experiencia devino de tu relacionamiento con las comunidades, por medio del cual te acercaste a sus percepciones sobre su territorio, sobre su naturaleza, etc. Igualmente, deviene de tu relación con tus maestros y de cómo aterrizas las teorías en la experiencia particular. Pensando un poco en los egresados y en las egresadas, ¿quizás hay algunas enseñanzas de vida que quieras compartir con ellos?

S.T.: Yo diría que en estos temas ambientales toca estar abierto a otras disciplinas, yo me he tenido que acercar a la zoología, la botánica, la ingeniería ambiental, la geología y a los trabajos que hacen los climatólogos. Si uno quiere entender el paisaje, si uno quiere comprender la manera como la gente se relaciona con la naturaleza, hay que estudiar cómo funciona la naturaleza. Generalmente, yo trato de tener una mirada histórica también, por ejemplo, en el caso de la depresión Momposina, una mirada de larga duración que me permitiera comprender cómo ese territorio fue habitado por los zenúes, cómo construyeron los canales, los camellones, cómo manejaban las inundaciones y cómo hacían para cultivar en un terreno que se inundaba ocho meses al año, y después cómo llegaron los malibúes y cómo se usa actualmente el suelo. La gente que vive ahora allá no se apropia de ese pasado y llegan con máquinas a aplanar los canales y los camellones porque necesitan un terreno llano para poder meter el ganado.

Hay que entender la historia para saber cómo se ha transformado el paisaje, y hacer muy buena etnografía, que en eso sí somos buenos porque nos entrenan bien en las universidades y eso es lo que perdura, más que las teorías o las interpretaciones que van y vienen. Si usted hace una buena etnografía eso queda como algo muy valioso para siempre.

Hoy en día hay muchas maneras en que las comunidades se apropian de esos trabajos y los utilizan en sus luchas para sus reivindicaciones, no tiene que ser uno el que lo haga, pues ellos lo saben hacer, ellos saben utilizar esos trabajos para los fines que se proponen.

Debemos estar abiertos a otras disciplinas, puede que eso no se aprenda mucho en la carrera porque uno tiene que tomar muchas materias de su propia disciplina, pero ya el ejercicio profesional lo va llevando uno a trabajar en equipos interdisciplinarios.

Los antropólogos de la Universidad de Antioquia tenemos un plan de estudios que nos facilita conjugar tiempo y espacio en el análisis del paisaje y nos permite producir buenas etnografías...

A. R.: O sea, son tres elementos claves, algunos de ellos se fortalecen durante los estudios y otros a través del ejercicio profesional.

S. T.: Tenemos egresados que trabajan con equipos de profesionales interdisciplinarios de altísimo nivel, en empresas muy grandes donde hay estabilidad y pueden desarrollar una carrera maravillosa; otros hacen posgrados en otras disciplinas que complementan lo que aprendieron en antropología o adelantan estudios de posgrado en antropología si su deseo es hacer una carrera académica dentro de la disciplina.

A. R.: Bueno, muchísimas gracias por la conversación. Gracias a esta dinámica nos acercamos al ejercicio profesional desde las reflexiones sobre el ordenamiento territorial, a partir de tus experiencias particulares. La antropología y lo que hacemos se cruza con otros ámbitos con los que establecemos un diálogo constante.